

ya anciano y achacoso, la reina gobernadora previó su muerte y designó para sustituirle en aquel caso, al arzobispo D. Fr. PAYO ENRIQUEZ DE RIVERA. Tomó éste el mando el 13 de Diciembre de aquel año, y lo regentó hasta el 30 de Noviembre de 1680 en que le substituyó el conde de Paredes á quien se nombró en virtud de las reiteradas renunciaciones de Fr. PAYO.<sup>1</sup>

Referir todos los actos administrativos del arzobispo-virey durante esos siete años sería tarea larga por demas, y agena hasta cierto punto de esta obra. Así, á grandes rasgos daremos idea del gobierno de Fr. PAYO.

No hubo un solo ramo de los encomendados á su direccion que no fuese atendido con aquella solicitud, con aquel esmero y con aquel tacto que resplandecian en todas sus obras. La moralidad administrativa alcanzó en aquel periodo el mas alto grado; las vias públicas fueron reparadas y atendidas; las rentas aumentadas por la pureza del manejo de los empleados; el palacio vireinal fué renovado, acabado y embellecido; se construyeron puentes y calzadas; se introdujo el agua á la Villa de Guadalupe que carecia de ella; se mejoraron los acueductos de la ciudad; se reedificó suntuosamente el templo de San Agustín destruido por un incendio; se activaron grandemente las obras del desagüe; se dictaron providencias para mejorar la condicion de los indios; se mejoró el despacho en los tribunales; se hicieron aprestos para lanzar á los ingleses de Guatzacualco y de la Laguna de Términos; se enviaron socorros á Puerto Rico y á las islas Marianas; hizo notables progresos la Casa de Moneda; se cobraron las multas que hasta entónces se habian hecho ilusorias; se evitó el contrabando, y fueron atendidos los presidios.<sup>2</sup>

El lector comprenderá que quien daba tan repetidos y elocuentes testimonios de poseer las cualidades mas relevantes para gobernar un pueblo; quien adunaba á la modestia y á la bondad de carácter la firmeza y la rectitud; que quien mas que arzobispo y virey era padre amantísimo de todos, fué querido y respetado y vivia rodeado de universales consideraciones. Así era en efecto, y Carlos II, á cuyos oídos llegó el renombre de Fr. PAYO, quiso que permaneciera en el gobierno civil y religioso de la Nueva España durante los años de su vida. Empero él, á quien el esplendor del mando no ofrecia el atractivo que para todos tiene; él, que solo por obedecer á superiores mandatos habia abandonado la soledad del claustro; él, que anhelaba verse libre de fatigas para poder elevar su espíritu á mas altas esferas, entregándose á la meditacion que solo es posible en un retiro, renunció, ya no solo el gobierno del vireinato sino tambien el del arzobispado.

El historiador Cayo, al llegar á este punto de la renuncia que Fr. PAYO hizo de sus empleos, dice: "Al paso que los vecinos de México se gloriaban de tener por virey á D. Fr. Payo y ofrecian á Dios continuos votos por su conservacion, solo él se hallaba disgustado con el peso del arzobispado y vireinato. Los hombres santos á quienes sus virtudes elevan á los primeros cargos, por lo comun viven en ellos disgustados y no desean otra cosa que dejarlos. Conocen los peligros que los rodean, y la facilidad con que se puede faltar á sus obligaciones. Este pensamiento era un torcedor para aquel arzobispo, que lo obligó á escribir al Sumo Pontífice y al rey, pidiéndoles por merced que lo descargaran de aquellos puestos. Edificado Carlos II de aquel acto de humildad, sintió mucho aquella demanda, y así, procuró que continuara en ambos empleos para que sirviera de ejemplo á los demas ministros de la Nueva España. Para esto, le respondió á su carta con términos respetuosos, poniéndole delante de los ojos el gran servicio que hacia á Dios y á la corona en gobernar con tanto acierto, de lo cual se complacia Dios y sacaba su gloria: que se sacrificara posponiendo su quietud y devocion al bien de tan gran reino. Esta respuesta acongojó á D. Fr. Payo por considerar que se frustraban sus esperanzas por entónces; con todo, vol-

1 D. Tomas Antonio de la Cerda y Aragon, conde de Paredes y marqués de la Laguna, estaba casado con Doña María Luisa Manrique de Lara, sobrina del arzobispo Fr. Payo.

2 Relativamente al gobierno civil de Fr. PAYO dá el Sr. Rivera, en su obra varias veces citada, abundantes y curiosas noticias. Véase por lo mismo la biografía del personaje de quien nos ocupamos, inserta en el tomo 1º páginas 241 á 251.

vió á instar seguro de que conseguiria lo que deseaba; á mas de esto, interesó al mismo rey para que le alcanzara del Papa lo que le tenia pedido."

"No dudo que á la precedente carta del arzobispo, continúa el P. Cayo, se juntarian otras de personas de cuenta de la ciudad que aseguraban al rey que si al arzobispo no concedia su dimision peligraba su salud. Esto á mi ver, influyó mucho para que tuviera el consuelo que deseaba. Pero queriendo Carlos II conservar en el gobierno de las Indias á prelado tan edificativo, determinó hacerlo presidente de aquel consejo y nombrarlo obispo de Cuenca. Acaso se imaginó que D. Fr. Payo estaba disgustado de vivir en México y que deseando volver á su patria, tomaba por medio la dimision de ambos puestos; pero esta conjetura cuán errada haya sido, se conoció despues."<sup>1</sup>

Mas antes de referir la partida del ilustre religioso, retrocedamos algunos años, ya que por deslindar los actos de Fr. PAYO como arzobispo de los del mismo como virey, no hablamos en otro lugar de una de las fundaciones debidas á nuestro personaje. Omitir esta página gloriosa sería defraudarle uno de sus mas hermosos títulos.

Dijimos al principio, que siendo obispo de Guatemala dió Fr. PAYO á los hermanos bethlemitas el hábito y la regla que observaron.<sup>2</sup> Pues bien, débese á él el establecimiento en México del Orden americano de religiosos bethlemitas. Por el año de 1673, siendo arzobispo-virey, puso todo empeño en que esa religion, fundada en Guatemala por el P. Betancourt, tuviese casa en México, y al efecto hizo venir á varios hermanos, que lo fueron Fr. Francisco de la Misericordia, Fr. Gabriel de Santa Cruz, Fr. Juan Gilbó, y Fr. Francisco del Rosario, á quien dió el cargo de Superior. Recibióles con especial cariño, y uniendo sus esfuerzos á los del conde de Santiago quedó establecido el Hospital de convalecientes. Cuantas comodidades pudieran apetecer para el mejor servicio de los pobres, cuantos auxilios necesitaran, todo fué pronto y eficazmente proporcionado por Fr. PAYO. Una sala fué destinada para los indios, otra para negros y mulatos, otra para españoles, y otra para sacerdotes.

Fr. PAYO tomó por su cuenta la asistencia de los enfermos en el primer día de cada mes, señalando una suma de sus rentas para cubrir los gastos, y, siguiendo tan piadoso ejemplo, eligieron cada uno de los títulos, oidores, prebendados, canónigos, y caballeros de la ciudad, su día, y así muy pronto quedaron cubiertos los días todos del año. El entusiasmo por una obra tan benéfica, fué tomando creces, y aun los mas pobres se esforzaban en contribuir con lo que sus recursos les permitian.

El Hospital progresaba cada día, y al par el fervoroso celo de Fr. PAYO, que con liberal mano protegió al establecimiento hasta que partió para España. Al verificarse este triste suceso dejó Fr. PAYO mil pesos en plata y todas sus carrozas de limosna para los convalecientes de su anado Hospital, y fué tan bien secundado por su sucesor el virey marqués de la Laguna, sobrino suyo, que tomó éste á su cargo los doce primeros días de cada mes.<sup>3</sup>

Tal es, brevisimamente relatada, la historia de la fundacion de los bethlemitas en México. Quien desee mas extensas noticias las hallará en la obra que acabamos de citar.

Reanudemos nuestra narracion.

Vimos ya, que terminando el mes de Noviembre de 1680 hizo su entrada en México el marqués de la Laguna, sucesor de Fr. PAYO en el gobierno civil de la Nueva España. A principios del año siguiente recibió, el segundo, noticia auténtica de la aceptacion de su

1 Cayo. *Los tres siglos de México*, lib 8º pág. 105.

2 Los religiosos bethlemitas llegaron á tener en México seis conventos; uno en la Capital, y los demas en Puebla, Guajuato, Oaxaca, Veracruz y Tlalmanalco. El hábito que usaban, se asemejaba mucho al de los capuchinos; la capucha no era tan puntiaguda, era burda y de color pardo oscuro; llevaban rosario al cuello, cinto de San Agustín, y capa ó manto corto con un escudo en el lado derecho, que representaba el nacimiento del Salvador: era el escudo una estrella de plata iluminando tres coronas de oro sobre campo azul, haciendo alusion á la visita de los reyes Magos. Los bethlemitas usaban barba larga y poblada. Puede verse, ademas de la Crónica de la Orden, la obra intitulada: *Relacion descriptiva de la fundacion, dedicacion etc., etc. de las iglesias y conventos de México*, por D. Luis Alfaro y Piña, México, 1863; y tambien la *Memoria para el plano de la ciudad de México*, por D. Manuel Orozco y Berra, pág. 132.

3 Garcia de la Concepcion. *Historia bethlemítica*. Lib. 11, cap. XXIII, páginas 109 á 113.



renuncia del arzobispado, nueva que, valiéndonos de las palabras del historiador varias veces citado, "le colmó de tanto gusto cuanto experimentan los hombres ambiciosos en la posesion de algun cargo á que aspiraban."

Fr. PAYO habia invertido sus pingües rentas en obras de pública utilidad y en limosnas á los pobres, así es que al disponer su viaje poco tenia que repartir; sin embargo, distribuyó los bienes que le restaban entre los templos y los menesterosos, legó su librería á los padres del Oratorio de San Felipe Neri, y con modestia suma emprendió el viaje á Veracruz acompañado de unos cuantos criados, y procurando que la sociedad no se apercibiese de su partida, para evitar las demostraciones que sin duda habria ella hecho. Inútil seria detenerse á pintar el dolor de los mexicanos el día 30 de Junio de 1681, al ausentarse el pastor mas bondadoso y el gobernante mas recto que hasta entónces habian tenido.

Llegó á España Fr. PAYO, y huyendo del fausto de la corte y de las señales de respeto que se le habrian tributado por el soberano mismo, escribió á éste dándole las gracias por los nuevos puestos á que le destinaba y excusándose de no ir personalmente á hacerlo. Una vez cumplido este deber, se retiró, acompañado de un solo criado, al convento de agustinos descalzos, llamado de Nuestra Señora del Risco, en el obispado de Avila, para entregarse á aquella vida que desde hacia tanto tiempo anhelaba. A su retiro fueron á buscarle los honores y distinciones de que huía. El Papa le concedió el privilegio de poder entrar con capa arzobispal á cualquiera de las iglesias de España, como si fuese prelado de ellas,<sup>1</sup> y Carlos II, que le estimaba profundamente por su virtud y por los servicios que habia prestado á la corona, le asignó una pension de cuatro mil ducados anuales, que debia pagarse de las Cajas de la Nueva España, segun consta en la real cédula respectiva.

Breves años disfrutó Fr. PAYO la dulce tranquilidad del monasterio del Risco. Allí le sorprendió la muerte el día 8 de Abril de 1684, y al llegar á México tan funesta noticia, el 7 de Julio siguiente, fué universal la pena que causó. Tres dias despues á las cuatro de la tarde, dieron cien campanadas en la Catedral y doblaron todas las iglesias y conventos. El día 11 recibió el pésame el virey, quien vestia luto por la muerte de su ilustre antecesor; demostraciones de duelo que no se habian hecho hasta entónces y de que era, en verdad, muy digna la memoria de uno de los funcionarios que han dejado mas gratos é imperecederos recuerdos en nuestra patria.

Necesita ser verdaderamente grande y verdaderamente bueno el hombre, para que al descender á la tumba despues de haber gobernado á un pueblo pasen sin contradiccion los elogios que le tributaran sus admiradores. De otra manera nunca faltará una voz que se levante en medio del aplauso para desvirtuarlo. Tiene el poder tantos escollos, las pasiones humanas tantas exigencias, que lo que á unos complace, hierre á otros, y por lo mismo, lo que aquellos ensalzan lo censuran ó vituperan éstos. Segun el particular criterio del que juzga á un hombre público, hay en éste rectitud ó crueldad; es manso ó débil; se le llama sér superior ó se le relega al comun de las gentes. Por eso la historia, y muy especialmente la biografía que es una de sus ramas principales, no pueden ser escritas con entera imparcialidad sino por los pósteros. Estos, oyendo lo mismo los panegíricos que las diatribas acerca de un personaje á quien sus contemporáneos apreciaron de diversos modos, y consultando documentos fehacientes, aquilatan la verdad y colocan con ánimo tranquilo, exentos de amor y de odio, á cada uno en el lugar que legítimamente le corresponde. ¡Qué raro es el hombre á quien propios y extraños, contemporáneos y pósteros, presentan, sin contradiccion, adornado de cualidades excelentes, sin sombra alguna que empañe su gloria, y digno por lo tanto, de la mas pura inmortalidad!

Del número de esas excepciones rarísimas, y por lo mismo mas honrosas, es Fr. PAYO ENRIQUEZ DE RIVERA cuya biografía acabamos de trazar. Registrad cuantas obras se han escrito con relacion al gobierno colonial, y si encontrais el nombre del arzobispo-virey Fr.

<sup>1</sup> Juarros, op. cit.

PAYO, le vereis rodeado de esplendente auréola de gloria. Y como su figura se desprende de un cuadro en que la sombra pugna por sobreponerse á la luz, ella aparece grande y noble. ¡Tal fué el gobernante político!

Prelado de la primera iglesia del Nuevo Mundo, conserva su grandeza, á pesar de que le vemos al lado de los primeros apóstoles del Cristianismo, y junto á los Zumárraga y los Moya de Contreras.

Muchos son, en verdad, los títulos con que ante la posteridad se presenta á Fr. PAYO ENRIQUEZ DE RIVERA como uno de los mas esclarecidos personajes venidos á estas regiones durante la dominacion española; pero ninguno de esos títulos es mas hermoso, ninguno tiene mayores excelencias que el que conquistó con su caridad sin límites. Basta considerar la enorme suma á que ascendieron sus rentas como arzobispo durante doce años, y mas de siete como virey, suma empleada, toda, en beneficio de la sociedad y en aliviar la suerte de los desvalidos, para comprender cuán inagotable seria la bondad de su corazon, cuán ilimitado su desprendimiento de las grandezas terrenas, y cuán profunda su vocacion á hacer felices á los demás olvidándose de sí mismo.

El lustre de su cuna le ponía en situacion de llegar á los primeros puestos del Estado sin luchas ni sacrificios, y desdeñó la vida de los palacios y abrazó la carrera de la Iglesia en monasterio humilde. Sácale de allí el soberano, y ciñe á su frente una mitra, y él, por obediencia, no la rechaza; parte á Guatemala y reparte entre los pobres sus rentas, y derrama por donde quiera la paz y el consuelo. Elévanle sus merecimientos á mas altos destinos y en vez de dar cabida en su corazon al orgullo, trabaja incesantemente por cumplir con sus deberes en su doble carácter de arzobispo y virey; toma creces su caridad ardentísima al encontrarse disfrutando de tan pingües rentas, y cuando cree que ha dado ya suficientes pruebas de abnegacion contrariando sus deseos, hace renuncia de sus investiduras y vá tranquilo á esperar la muerte en un convento humilde, y observa en los últimos años de su vida la que desde su tierna edad ambicionaba, edificando á todos con sus costumbres, semejantes á las de los mas fervorosos creyentes de los primeros siglos del Cristianismo.

Si á minuciosos detalles hubiéramos descendido, le habriamos visto practicar el bien sin ostentacion, la piedad sin hipocresía, y habriamos visto al sabio sin vanidad, y al mas humilde de los poderosos.

Con razon la memoria de Fr. PAYO ENRIQUEZ DE RIVERA es venerada por cuantos conocen la historia civil y religiosa de México; pues es verdaderamente difícil, ya que no imposible, hallar gloria mas pura y mas legítima que la del décimo octavo prelado de la Iglesia mexicana.

<sup>1</sup> El lunes 3 de Mayo de 1681, el juez de residencia de Fr. PAYO, D. Frutos Delgado, le declaró libre de todo cargo, y le presentó al rey como uno de los personajes mas dignos de ocupar los mayores empleos.